



III.

SEGUNDA EXPEDICIÓN Á ITALIA.

1500 - 1504.

Gonzalo de Córdoba, Capitán general de mar y tierra.—Embarca en Málaga.—Agrégase Pedro Navarro.—Navegan á Grecia.—Presunción de los venecianos.—Asalto á Cefalonia.—Vuelta á Mesina.—Sitio de Tarento.—Grandiosa idea.—Capitula la plaza.—Juan de Lezcano destruye á la escuadra francesa.—Ocupación de Nápoles.—Bloqueo de Gaeta.—Final de la campaña.



o dejaron ociosas á las armas mucho tiempo las intrigas de los potentados italianos, tan amigos de novedades como exentos de verdadero interés por su patria. Otra vez el ducado de Milán puso en marcha á los soldados franceses, que en pocos días lo prendieron á la corona de Luis XII, sucesor de Carlos VIII, y de sus pretensiones. Las del reino de Nápoles aivaba el proceder de D. Fadrique, entregado al partido angevino ó francés, juguete de las circunstancias, inhábil para sobreponerse á ellas y decidido á contemporizar con el Gran Turco, ya instalado en algunos lugares de la República veneciana.

Don Fernando de Aragón observaba con su ordinaria sagacidad los sucesos, calculando á sangre fría lo probable en aquel reino que tantos sacrificios había impuesto á su casa, y que paraba en rama bastarda en todos los conceptos de la palabra. Ya partiera de su iniciativa, ya de la del vecino de los Pirineos, trataron en secreto de repartirse el territorio en



porciones iguales, adjudicando á Luis las provincias de Labor y el Abruzo, con títulos de rey de Nápoles y de Jerusalén; tomando Fernando, con las restantes, el de duque de Pulla y de Calabria.

Firmóse el tratado con reserva (1500), y á condición de guardarla mientras se hacían los preparativos de ocupación simultáneamente, habiendo de nuestra parte plausible razón para hacerlos, pues acometida la plaza de Modón, en Grecia, por gruesa armada turquesca, solicitaron los venecianos auxilio que se les otorgó, con el fin de conservarla en defensa de la cristiandad.

Se ordenó, en consecuencia, el apresto de armada en el puerto de Málaga, juntándose unas 60 velas con 8.000 hombres de á pie y á caballo, á las órdenes de Gonzalo Fernández de Córdoba, nombrado Capitán general de mar y tierra ¹.

La flota, compuesta de carracas, naos gruesas, carabelas, fustas, bergantines, galeras y galeotas, con tripulación que hace subir algún cronista á 4.000 hombres, amén de los de transporte, salió con buen tiempo, que cambió luego, obligando á muchas de las embarcaciones á hacer escalas en Mallorca y Cerdeña con objeto de reponer el agua, precaución insuficiente, pues llegó á escasear en la travesía, muriendo de la necesidad algunos hombres y muchos caballos.

Ancladas las naves todas en Mesina, acudieron á las banderas de Gonzalo de Córdoba, como 2.000 españoles que vagaban por Italia desde la anterior expedición, y varias naves, designadas como vizcainas por los historiadores, queriendo

¹ Varía mucho la fuerza que dan á la expedición los historiadores. Zurita la compone de 27 naves, 25 carabelas, algunas galeras y fustas, con 4.000 peones, 300 hombres de armas y 300 caballos ligeros. Alonso de Santa Cruz cuenta tres carracas, 27 navíos, 25 carabelas, galeras y fustas, 8.000 peones, 300 hombres de armas y 300 jinetes. Padilla cuatro carracas, cuatro galeras, más de 60 naves y 50 galeras de venecianos, con los mismos infantes y caballos. Otros condensan en 60 los navíos, sin expresar la clase, y reducen á 4.000 los infantes, conformando en los caballos, si bien agregan buen número de aventureros distinguidos y 30 piezas de artillería de campaña. Varian también en el día de salida de Málaga; el Cura de los Palacios apunta el 4 de Julio. Según Zurita llegaron á Mesina el 18 de este mes; según otros, el 1.º de Agosto.



significar que procedían del golfo de Cantabria, siendo de presumir estaba entre ellas la de Pedro Navarro, que desde el momento comenzó á figurar con prestigio.

Don Martín de los Heros, biógrafo diligente que tuvo á la vista la vida escrita por Vargas Ponce y ha acudido á muchas más fuentes, estima á Navarro natural de las Encartaciones de Vizcaya ¹, por más que con fundamento se le haya supuesto nacido en el valle del Roncal y aun con este apelativo ². Parece que empezó á navegar desde muchacho y militó más tarde con florentinos, genoveses y napolitanos, principalmente contra berberiscos, corseando en sus costas ó en las de Levante con camaradas cual Menaldo Guerra (citado anteriormente) en busca de botín, sin perjuicio de ganarlo á venecianos y portugueses en las guerras, acreditándolo la memoria que de los últimos tuvo toda la vida, por una bala de cañón que le llevó la mayor parte de las nalgas.

Cuéntase que en la primera expedición de los españoles á Italia apresó Navarro la fusta en que iba el dinero destinado á las pagas, y que se complació en entregarlo á Gonzalo, empezando desde entonces sus relaciones con el caudillo ³. Heros no menciona semejante especie, inverosímil, presentando al corsario entre aquellos que se agregaron el año 1500 en la segunda expedición ⁴, para significarse, eso sí, desde luego, marino, soldado, ingeniero, hombre de guerra, que había de causar admiración, ya volando murallas con sus terribles minas ⁵, ya defendiendo castillos ó atrincheramientos con indomable esfuerzo, ya en campo abierto formando la escuela de

¹ *Historia de Pedro Navarro, conde de Oliveto*. Madrid, 1854. *Colección de documentos inéditos para la historia de España*. Tomo xxv.

² Gonzalo Fernández de Oviedo, *Quincuagenas*.—Fr. Prudencio de Sandoval, *Historia del emperador Carlos V.*—Aleson, *Anales de Navarra*.

³ Padilla, *Crónica de D. Felipe I.*

⁴ Al decir de Zurita se agregaron entonces voluntariamente una nao del Adelantado de Murcia, cuatro vizcaínas, muy bien armadas, y dos galeras.

⁵ D. José Arantegui discute el mérito de invención de las minas, generalmente adjudicado á Pedro Navarro, en razón á estar consignada la aplicación en escritos anteriores que cita en su obra *Apuntes históricos sobre la artillería española en la primera mitad del siglo xvi*. Madrid, 1891.—Véase lo consignado en *La Marina de Castilla*.



la infantería, ya, en fin, rigiendo escuadras en atrevidas jornadas.

Llegó á Mesina un emisario de Venecia con ruego de acelerar la salida de la flota española, lo que hizo Gonzalo con arreglo á las instrucciones recibidas, dando la vela el 27 de Septiembre con tres carracas, 60 naves, siete galeras y los barcos menores. Aunque fueron los vientos flojos, llegó sin accidente el 2 de Octubre ¹, precediendo á los aliados con oportunidad, pues se hallaba Candía en extremo de sucumbir, y cobró aliento.

La flota veneciana se incorporó en Zante, trayendo su general, Benedeto Pesaro, 33 bajeles. Hábían perdido en el mes de Junio último 11 galeras y dos galeazas en combate, mas no la idea presuntuosa de la grandeza y autoridad de la República, transmisible á cualquiera de sus representantes, por lo cual, comparadas las fuerzas respectivas, se creyeron dispensados, no ya sólo de acatamiento al estandarte real de España, pero aun de las fórmulas de cortesía usual. Como iban sus Capitanes ataviados con ropas rozagantes de grana y terciopelo y vieran á los nuestros vestidos sencillamente, con capas gallegas á uso de guerra, tuviéronlos en poco, juzgando ruín la gente y el auxilio. Pronto salieron de error, notada la actitud de aquellos soldados que reclamaron y obtuvieron toda especie de satisfacciones.

Llegaron también á poco dos carracas con 800 franceses, ofrecidos en cooperación por su rey Luis, que sirvieron de término de comparación al reclamar por principio la soldada y retirarse porque no se les dió inmediatamente.

De las deliberaciones entre Gonzalo de Córdoba y el general Pesaro, resultó acuerdo de hostilizar á la isla de Cefalonia, que tiene buen puerto, dominado á la sazón por los turcos con los fuegos del castillo de San Jorge, tan fuerte, que los venecianos solos lo habían expugnado el año anterior durante cinco meses sin éxito. Las escuadras tomaron el fondeadero el 2 de Noviembre, procediendo activamente al

¹ Zurita.



desembarco de la hueste y de la artillería de batir. Luego empezó Pedro Navarro á ejercitar sus prácticas contra las rocas que se levantan sobre el nivel del mar, sirviendo de base á los muros del castillo, hasta que las brechas consintieron el asalto, una y otra vez repetido de recinto á recinto, rechazado en unos, defendido en los más con toda especie de armas y recursos de la guerra, prolongado al fin en las calles y casas de la ciudad, hasta que el número de los sitiadores abrumó al de los sitiados sin reparo, quedando apenas 80 hombres de la valerosa guarnición turca ¹.

Empleáronse en la operación cuarenta días ², durante los cuales, lo mismo que en el viaje de vuelta á Sicilia, sufrió la gente nuestra mucho, del frío y de la escasez de víveres, achaque ordinario, esta vez extremado al punto de transcurrir un mes sin más alimento que habas secas y trigo cocido, con la consecuencia natural de enfermar más de 600 hombres. Los motines de los soldados se sucedieron entonces tanto como las escaseces que los motivaban, adquiriendo carácter casi de institución, con gran menoscabo de la disciplina.

Pronto llegó á ser de público dominio la noticia de lo convenido entre los reyes de Francia y España, por haberla divulgado los embajadores de Roma en consistorio pleno, solicitando del Papa la investidura de la parte que cada uno de los soberanos se había adjudicado (1501). El francés despachó entonces ejército cercano á 20.000 hombres, que sólo en Capua halló resistencia. Don Fernando dió instrucciones de avance á su general, pronto en trasladar la tropa reducida á la costa de Calabria y en señorear el territorio que se le indicaba; halló, sin embargo, también por su parte un obstáculo á la marcha victoriosa: la plaza de Tarento.

Dió la naturaleza condiciones excelentes al asiento que tiene en el golfo de su mismo nombre, rodeándolo con un

¹ En este particular, como en la generalidad de los numéricos, discrepan los coetáneos; quién supone de 400 veteranos á la guarnición, y quién la reduce á 300, no dejando á vida sino pocos.

² Varían también hasta dos meses.



brazo de mar que se ensancha hacia el Norte, formando bahía. El acceso á ésta desde la mar estaba defendido con muros sólidos y buenas baterías; dos puentes que enlazaban á la ciudad con el continente, fortificados con no menos atención, correspondiendo las demás prevenciones al concepto en que la plaza se tenía de llave del reino en su parte oriental, por el cual se hallaba dentro del recinto el duque de Calabria, hijo de D. Fadrique.

Gonzalo estableció por tierra la línea de circunvalación, encargando á la escuadra el cierre de la mar con bloqueo, más aparente que efectivo, toda vez que la escasez de víveres y de recursos se hacía sentir más en el campo de los sitiadores que en los cuarteles de los sitiados; con fortuna, sin embargo, por haber aprehendido Juan de Lezcano una nave en que enviaba el rey D. Fadrique á su hijo artillería y municiones con que recrecer las defensas ¹.

Ninguna de las acciones de Gonzalo de Córdoba, fundamento de su fama, descubre los resplandores del genio militar de que fué depositario felicísimo, como este sitio porfiado en que había de triunfar de la fortuna misma, entre obstáculos al parecer invencibles, con la constancia y la energía. Ocurrió durante las operaciones de trinchera, que el almirante francés Ravestain, rechazado por los turcos en Mitilene, sufrió al regreso temporal que destruyó á su escuadra, naufragando el mismo almirante en los bajos de Calabria. Gonzalo cercenó las provisiones de que disponía para cubrir la desnudez y miseria de los que se habían librado de las olas, no sin murmuración y disgusto de los que no sentían aquellos impulsos generosos en el campamento español, poco menos necesitado.

Este grande hombre, comprendiendo que la disposición de las defensas prolongaría indefinidamente la resistencia de la

¹ Refiere el hecho, agregando haber vencido el marino español á la armada napolitana, el *Memorial de las calidades, nobleza y servicios de la casa, solar y palacio de Lezcano en la provincia de Guipúzcoa*. Impreso en Madrid, con licencia de S. M., y después en Pamplona, por la viuda de Carlos de Labayen, año de 1634. Del personaje he tratado en *La Marina de Castilla*.



plaza, ideó atacarla por el lugar en que estaba desguarnecida por considerarse inaccesible, que era aquel saco ó bahía interior situada hacia el Norte. Reconocida previamente, concibió la idea colosal de pasar sobre la lengua de tierra alguna de las embarcaciones de la escuadra, idea que, por la dificultad de realizarla, por la grandeza del intento sólo, exaltó el espíritu de los marineros, deseosos de ofrecer al mundo tan raro espectáculo. Con masteleros y entenas formaron una especie de basada sobre la arena, de playa á playa, surtiéndola de rodillos, y, acabada la preparación, acudiendo por escuadrones los soldados á las betas, con algazara indescriptible, sonando los atambores y clarines, disparando en señal de alegría los cañones, arrastraron una en pos de otra veinte carabelas, lanzándolas al agua por la parte opuesta ¹.

Maravillados los tarentinos con el hecho que jamás les hubiera ocurrido, decayeron de ánimo, manifestándose al fin dispuestos á la rendición con honrosas condiciones acordadas por Gonzalo sin vacilar, ya que la conquista de la plaza le ponía en completa posesión de los territorios correspondientes á D. Fernando (1502).

Pero no tardó en suscitarse controversia entre españoles y franceses al deslindar las porciones no bien definidas en el tratado de repartición. Cuanto más protestaban los Reyes de sus buenos deseos de inteligencia; cuantas más se cambiaban cortesías entre Gonzalo de Córdoba y el Duque de Nemours, general de los franceses, más en el fondo de las contestaciones se notaba que juntos no cabían allí, donde cada cual, en realidad, quería la parte del león.

Iban las cosas disponiéndose de modo que hacía inevitable la guerra, influyendo poderosamente para provocarla la desigualdad de las fuerzas y de los recursos, incomparablemente superiores en el campo francés y en apariencia todavía mayores por el concepto formado de las tropas de Gonzalo, las más de infantería y de gente que juzgaban ingobernable y mal armada. La guerra estalló, pues, siendo agresores los

¹ Paulo Giovio, *Vita Magni Gonsalvi*.—Zurita no menciona este suceso extraordinario.



franceses, y hubieron de modificar las opiniones cuando la gente ruin se sobrepuso, y los lanzó á su patria, vencidos en increíbles batallas y prodigiosas acciones que forman otras tantas páginas en la historia del Gran Capitán.

Las hostilidades comenzaron en Barleta y Bari, plazas fuertes del Adriático, donde se reconcentraron los escuadrones asistidos de la flota, que llevaba las provisiones de Sicilia cuando había medio de procurarlas. Trajo ésta desde Málaga un refuerzo de 5.000 infantes y 500 caballos, capitaneado por D. Manuel de Benavides, y tuvo ocasión de mejor servicio en las comunicaciones del litoral y hostilidad de las plazas ocupadas por los enemigos ¹.

En 1503 condujo desde Cartagena otro contingente de 3.000 infantes y 500 lanzas D. Luis Portocarrero, haciendo viaje tormentoso de veinte días, con mucho riesgo. Murió de fatiga D. García de Ayala con no pocos soldados; el mismo Portocarrero falleció de pestilencia á pocos días de la llegada, habiendo hecho el desembarco en Reggio con temporal que arrojó á la costa cuatro naos. Por maravilla se tuvo que no se perdieran todas en esta mala vuelta de la fortuna, y que pusieran pie en tierra los soldados y caballos tan necesarios á Gonzalo. El cuerpo de Portocarrero llevaron a Mesina las galeras de Bernardo de Vilamari, tributándole honores fúnebres.

Por entonces apareció en el golfo de Otranto el caballero de Rodas Perijuán ², con cuatro galeras y dos fustas, tratando de impedir la comunicación de nuestras tropas con Sicilia, y de molestar á las guarniciones de Barleta, Bari y Tarento. Inauguró el crucero, apresando una carabela cargada de trigo y una nao vizcaína con mercancías, que fué sensible pérdida. Juan de Lezcano reforzó sus cuatro galeras con 500 arcabuceros del ejército, siguiendo la estela de los franceses, que no le esperaron, aunque tuvieran igual, si no mayor,

¹ Entre los viajes de comunicación del ejército con España, hizo uno con seis galeras D. Iñigo López de Ayala, trayendo desde Nápoles á la madrastra del rey D. Fadrique, sobrina de D. Fernando de Aragón.

² De él se trata también en *La Marina de Castilla*.



fuerza; entráronse en el puerto de Otranto, que tenían los venecianos en neutralidad. Lezcano protestó contra la admisión de las presas, reclamándolas y requiriendo que, en caso contrario, se hiciera salir al asilado, y como los venecianos quisieran contemporizar dando largas á la resolución, se apoderó á viva fuerza de las dos embarcaciones apresadas, con vista de lo cual, temiendo á su vez ser acometido, dió Perijuán libertad á los forzados, desembarcó cuantos efectos le consentía la precipitación de la faena, y afondó las galeras y fustas, destruyendo por su mano la escuadra que pudiera tener en cuidado á la contraria ¹. Con ello quedó libre de franceses aquella mar; llegaron de Sicilia los convoyes de granos, y de Trieste uno con soldados alemanes alistados para el ejército de Gonzalo. Los nombres de Ceriñola y de Seminara se escribieron á poco en las banderas.

Gonzalo marchó entonces triunfalmente á Nápoles, que le

¹ MM. Gachard et Piot insertaron en su *Collection des voyages des Souverains des Pays Bas*, Bruxelles, 1875-1881, una relación de Laurent Vital, en la que se cuenta cómo cierto capitán del Rey Católico que cruzaba sobre la costa de Calabria, tuvo noticia de que un bajel francés había hecho presa de otro mercante español y pasado á cuchillo la gente, entrando con el botín en el gran canal de Venecia. Allá se dirigió nuestro capitán, y desde la boca destacó batel con mensaje atento á la Señoría, reclamando la entrega de la presa ó la salida del enemigo del puerto. Los del Consejo se negaron, alegando la neutralidad y asegurando que de la misma manera amistosa que al francés, hubieran dado asilo á nave española que se lo pidiera. Como el capitán insistiera con razones de excepción para el caso, echaron la gruesa cadena con que se cerraba el puerto, intimándole el alejamiento de la boca, y lo hizo, en efecto, seguidamente, mas fué con objeto de tomar distancia y de orientar todas las velas, volviendo con el impulso que el viento las dió á chocar y romper el obstáculo. Acto continuo, embistió al barco francés, degolló á cuantos resistieron, y dando remolque á la presa, se salió con ella bizarramente al mar, con asombro de cuantos vieron el suceso, y sin que las fortalezas venecianas se determinaran á romper el fuego.

Vital nombra á este capitán *Le Scave*, y reconociendo M. Gachard no ser este apellido español, presumió pudiera decir el original de la relación *Las Cavas*. Al insertarla en mis *Viajes regios* (pág. 96) me parecía más razonable la hipótesis de que el autor escribiera *Les Caves*, traduciendo al francés el significado del apelativo *Cuevas*, mas ahora encuentro tanta semejanza entre el suceso referido por Vital y el que realizó Juan de Lezcano en Otranto con las presas hechas por Perijuán, que me parece sea el mismo, alteradas las circunstancias al pasar de boca en boca, y el nombre fortalece la creencia, siendo tan fácil y común alterar la ortografía de los extranjeros tomados al oído. Es verosímil que de *Lescano* se hicieran las variantes sucesivas *Lescane*, *Lescaue*, *Le Scave*.



abrió las puertas para repetir las escenas de la campaña primera, por conservar los franceses los castillos, llaves de la ciudad, si bien mejor bastecidos que antes. Acudió por mar Vilamarí con las galeras á tiempo de encerrar bajo las baterías á las cinco que fueron del rey D. Fadrique, conservadas por los invasores con algunas naves mal armadas. Perijuán intentó librarlas del bloqueo, volviendo desde Génova con tres naos gruesas y 300 hombres en cada una, pero sin poder lograrlo por entonces. Pocos días después acrecentó la escuadra reuniendo seis grandes carracas genovesas, varias naos, cinco galeras y muchas embarcaciones menores, fuerza tan superior á la de Vilamarí, que éste hubo de retirarse á Ischia, acoderándose en la playa tras una cadena defensiva de perchas que los enemigos no pudieron franquear.

También esta vez sucedió á la rendición de los castillos de Nápoles el asedio de Gaeta, con operaciones é incidentes parecidos. La escuadra española cerraba el puerto señoreando la mar; la de Francia procuraba franquear el paso ensayando cuantos ardidés enseña la experiencia marinera. Formaban la primera las galeras de Vilamarí, reforzadas con las de Sicilia; seis que llevó de Cataluña D. Ramón de Cardona; doce naos regidas por Juan de Lezcano, mas las carabelas y navíos ligeros. Disponían los franceses de treinta velas de toda especie y de cinco galeras, empleadas preferentemente en burlar la vigilancia de las contrarias introduciendo algún socorro. En la pugna por conseguirlo ó evitarlo, hubo frecuentes choques parciales, sin provocar ninguno general.

Gonzalo de Córdoba, ya por entonces duque de Terranova, lamentando no estar en la mar, escribía sentido al Tesorero general del ejército, antes que llegaran las galeras de Cardona ¹, por no contar con medios suficientes para cerrar en absoluto la boca del puerto de Gaeta. Habían forzado la entrada, primero, cinco naos francesas; en otra ocasión, dos carracas amparadas de cinco más, todas con gente y vituallas.

¹ Á 8 de Agosto de 1503; hállase copia de la carta en la *Dirección de Hidrografía, Colección de Vargas Ponce, Leg. 13, núm. 31.*



A este estado puso fin la batalla de Garellano, decisiva en la contienda napolitana. El 1.º de Enero de 1504 capituló con honra la plaza, último asidero de la esperanza francesa.

Firmóse el 14 de Febrero tratado de paz que aseguraba á los Reyes Católicos la entera posesión del reino de Nápoles, quedando excluidos de sus puertos los navíos franceses. Con esto pudieron regresar á España los más de los nuestros, acabada su misión.

El mayor peso de la campaña en la mar sostuvieron Bernardo de Villamarín ó Vilamarí (de ambos modos lo nombran las historias) y Juan de Lezcano, que se trajo prisionero á César Borja, príncipe de Valentinois, hijo del papa Alejandro VI, enemigo sañudo del nombre de España; se distinguieron, empero, algunos capitanes más de los nombrados, siendo de citar D. Manuel de Benavides, que reforzó las guarniciones de Cerdeña, Iñigo de Artieta y D. Diego Hurtado de Mendoza.

De observar es en esta guerra que, así como alemanes y suizos militaban indistintamente en las filas de cualquiera de los beligerantes, los genoveses fletaban las galeras y las grandes carracas de su puerto á cualquiera que se las pagaba, por lo cual andaban en las flotas española y francesa. Dos de las galeras de la escuadra permanente de Sicilia servían por asiento ó contrato hecho con armadores de Génova, nombrados los Gobos, asiento mantenido muchos años.

Merece también notarse la aplicación general de los soldados y de los capitanes de mar y tierra á toda especie de servicios. Subieron al asalto del castillo de Cefalonia los primeros; embarcaron los segundos en las galeras para cruzar en el golfo de Otranto. Pedro Navarro, con ser uno de los brazos del Gran Capitán, anduvo en comisión por el Adriático, y en Nápoles, desde la mar, con bateles minó las rocas que sustentaban á la fortaleza, haciéndola saltar en fragmentos. Juan de Lezcano, después del vencimiento de la escuadra francesa, desembarcó las tripulaciones, formando con ellas compañías de infantería.

